

NOCHE DE FIESTA

[Fabio Angelli - <http://elmonstruosinvoz.blogspot.com.es/>]

Cierra la puerta y se quita los zapatos que deja tirados detrás de él en el medio de la entrada. Siente el cansancio como un peso en sus párpados pero está contento, satisfecho. La noche salió bien, redonda, diría. Una cena con los colegas, los pocos que tenía en el trabajo. Se lo habían comentado delante de la máquina del café y luego había buscado la hoja con las propuestas del menú en el corcho de los anuncios. Se había apuntado escribiendo su nombre en la columna de los que preferían pescado.

En el restaurante se lo había pasado francamente bien, pese al precio excesivo en comparación con la escasez de las raciones, la calidad del vino, la incompetencia del servicio. La verdad es que nunca había visto tal cosa en un restaurante. Parecía que los camareros pasaban de ellos a propósito, evitando cruzar la mirada cuando querían pedir otra ronda o simplemente una cesta más de pan. En otro momento, en otra circunstancia seguro que le hubiera parecido fatal, se habría enfadado y no habría dudado en quejarse abiertamente. Pero esa noche no. No es que fuese de un humor excepcional, de esos que te defienden de todo, que se te ponen encima de la piel como una armadura y parecen barreras infranqueables contra el mal rollo ajeno. Esa noche fue gracias a la compañía y en particular a algunos elementos que por supuesto conocía del trabajo pero con los que nunca se había parado a hablar y que acababan de convertirse en el descubrimiento del año. Gente con la sonrisa puesta, con la actitud del qué-más-da, pero sin la desfachatez inmadura del adolescente, sino con la seguridad de quien ha visto lo suficiente como para dejar de enfadarse. El tipo de persona que un día le gustaría llegar a ser.

Al momento del postre una camarera mal encarada había dejado en su mesa unas bandejas con un surtido de blandos postres caseros y se había marchado como después de una misión cumplida. Inútil gritar hacia su espalda que no tenían cubiertos. Después de un cuarto de hora de espera vana había empezado a resoplar, algo cansado, algo molesto. Los que estaban con él se lo habían tomado a risa; uno de ellos, un chico que acababa de incorporarse en la empresa y que sin embargo parecía que llevaba toda la vida en el grupo, hasta cogió una porción de flan de queso con las manos para llevarla directamente a la boca de forma caníbal y con mirada pilla. La verdad es que hacía tiempo que no se reía de ese modo.

Mientras juntaban el dinero para pagar alguien empezó a insistir para que el tipo del flan se levantara: «Venga, ¡haz el número del alcalde!». No se hizo de rogar y se

prodigó en una bastante buena imitación del primer ciudadano instando a grito pelado a no dejar ni un céntimo de propina. Se reían hasta en la mesa de al lado. Él miraba atónito, sin conseguir sentirse plenamente parte del público siquiera. Luego una compañera propuso ir a bailar. Se descubrió moviéndose con los demás, siguiendo el ritmo, mirando a su alrededor divertido y algo nervioso.

Se fue, antes que los demás y acabó en casa relativamente pronto y muy poco borracho. Había cogido el puntillo durante la cena pero se le había pasado ya de camino al pub.

Así que ahora en casa se pone cómodo, deja los zapatos en el medio de la entrada, se cambia y va al baño.

Baja los pantalones del pijama y se sienta a leer un poco un libro nuevo.

Son relatos de un autor que no conoce. Había oído algo de él en la radio, lo había visto en la librería y había decidido llevarlo.

La primera historia empieza con una madre que acompaña al hijo a la parada para que coja el autobús de la excursión del cole. Todavía es temprano y hace frío. El niño se encoje contra el cuerpo de la madre. La mujer se agacha y levanta la solapa del chaquetón del niño para resguardarlo de la mañana. Luego le pregunta si ha cogido todo y si lleva el reproductor con su música favorita.

Cierra el libro y lo deja encima del radiador. Coge una tira de papel higiénico, empieza a limpiarse y encuentra algo de sangre. Dobla el papel y sigue limpiándose, pensando que quizá lo merezca.